

## MIGUEL HERNÁNDEZ Y OTROS POETAS DEL 36 EN LOS AÑOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

JOAQUÍN JUAN PENALVA

Universidad de Alicante

A lo largo de la historia de la literatura española, no son demasiados los casos de “ascensión generacional”. Uno de los más importantes es el de Miguel Hernández, a quien se suele estudiar como epígono o continuador de los poetas del 27. Hernández, que, en muy pocos años, la década de los treinta, recorrió todas las cuerdas estéticas –neogongorismo, neorromanticismo, compromiso social, compromiso individual e interiorización–, ha logrado así escapar de su propia promoción literaria, la del 36, que actualmente se encuentra perdida en un limbo taxonómico. Aunque este hecho ha contribuido al mejor conocimiento de su obra, lo cierto es que ha acabado por borrar de las letras españolas a toda una promoción, de la que Miguel Hernández era uno de sus representantes más destacados.

El método de las generaciones literarias –heredado directamente de la sociología– es uno de los más polémicos dentro de los estudios literarios. En el caso español, se ha echado mano de él para explicar buena parte de la literatura del siglo XX –generación del 98, del 14, del 27, del 36, del 50, del 68...–, y si ha tenido un desarrollo tan amplio es porque permite asociar varios nombres y unas características específicas a un mismo concepto. En España, la idea de generación literaria arranca fundamentalmente de Ortega y ha tenido un extraordinario desarrollo, mucho mayor que en cualquier otro país europeo.

Si bien las generaciones literarias por excelencia del siglo XX español son la del 98 –fundamentalmente de prosistas– y la del 27 –principalmente de poetas–, durante un tiempo empezó a divulgarse el marbete de “generación del 36”, sobre el que se ha ido articulando cierta bibliografía y que cuenta, con respecto a los anteriores, con una dificultad añadida: en ocasiones, algunos estudiosos y protagonistas del período se han referido a los jóvenes del 36 no como generación de escritores, sino como generación sociológica. Sus miembros nacieron en los primeros años del siglo XX y mantuvieron contacto entre sí durante los años de la preguerra. Aunque dicha promoción no nació escindida ideológicamente, sus integrantes tuvieron que definirse políticamente a raíz de la contienda, lo que los convirtió, a su término, en vencedores y vencidos. Creo que dentro de esa promoción es donde se puede estudiar mejor la obra de Miguel Hernández.

1936 no fue, ni mucho menos, el año de la plenitud creativa, sino tan sólo la fecha inaugural. Todos ellos alcanzaron su voz poética en fechas posteriores a la Guerra Civil y, aquellos que sobrevivieron, publicaron sus libros de madurez durante las décadas del cuarenta y del cincuenta. Si cronológicamente los del 36 se insertan en los sucesivos tramos de la poesía de posguerra, hay que precisar que muchos se exiliaron y continuaron su labor creadora fuera de España. La mitad vencedora permaneció en el país, mientras que el resto quedó perdido para siempre entre la vasta nómina de la “España peregrina”. En este sentido, resulta evidente que estamos ante una generación escindida a la que la guerra afectó no sólo físicamente, sino también literariamente, al haber quedado en buena medida eclipsada entre la poesía del 27 y la poesía social de los cincuenta.

El término “generación del 36” se acuñó tempranamente y ha seguido una accidentada trayectoria crítica. Aunque casi todos los críticos están de acuerdo en el marbete empleado, hay quien, como Gonzalo Torrente Ballester, prefiere hablar de generación del 35 o de la República. Si se adelanta la fecha hasta 1935 es porque en ese año vieron la luz los primeros libros poéticos de autores como Luis Rosales –*Abril*– o Germán Bleiberg –*El cantar de la noche*–. Mucho más discutible es el de generación de la República, que también se intentó aplicar a los poetas del 27. Con todo, parece que más determinante que lo anterior fue la fecha de 1936. En primer lugar, porque ése fue el auténtico año inaugural de la nueva estética, de la que *Abril* había sido un claro anuncio y que tendría su continuación en libros como *El rayo que no cesa*, *Cantos del ofrecimiento*, de Juan Panero, y *Cantos de primavera*, de Luis Felipe Vivanco; en segundo lugar, porque el acontecimiento histórico que más influyó en sus miembros fue la Guerra Civil, hasta el punto de dividirlos en dos bandos irreconciliables prácticamente hasta medio siglo después. La guerra, que escindió a la generación, la fijó también para los años posteriores, al retratarla en un momento en que todavía era un grupo homogéneo, naciente.

Hasta 1936, lo que encontramos es una serie de intelectuales que, independientemente de sus ideas políticas, desarrollaron un tipo de escritura basada en unos mismos presupuestos. En principio, podemos hablar de generación de poetas, pero enseguida veremos cómo también hay novelistas, ensayistas y filólogos pertenecientes a ese mismo grupo. La Guerra Civil, por un lado, fijó el hito temporal, y, por otro, los marcó de por vida, actuando como la placa fotográfica que fija un instante de tiempo. Aquel acontecimiento pronto encontraría justa traslación en su poesía, en “la expresión de intimidad amorosa de tono romántico, el intento de captar la experiencia cotidiana, un arraigado sentimiento religioso, la preocupación por el tema España, una aguda conciencia temporalista y cierta tendencia al poema autobiográfico”, como apunta Ruiz Soriano (1997, 22), refiriéndose a la evolución posterior que sufrieron los autores del 36, que, si bien empezaron cultivando estrofas clásicas y heredaron una tradición neoclasicista y garcilasista, pronto iniciaron el camino hacia la rehumanización. Esa evolución, aun tras la contienda, sería común a todos los miembros, quienes, aunque políticamente quedaron escindidos, estéticamente, y de manera autónoma, independiente e incluso aislada, iniciaron un repliegue

hacia lo íntimo y lo cotidiano, donde encontraron su voz poética: en los amigos, en la familia, en los pequeños logros diarios...

Si hay un tópico referido a la generación del 36, ése es el de generación destruida o generación escindida. La metáfora la empleó originalmente Guillermo Díaz-Plaja, uno de los miembros de la misma, y con ella vino a señalar una de las circunstancias determinantes para su existencia. Junto a Homero Serís, el crítico que más ha contribuido a la fijación conceptual de la generación del 36 ha sido Ricardo Gullón, quien, por edad y por derecho, forma parte de los prosistas y ensayistas de dicho grupo. Gullón dedicó parte de sus reflexiones a explicar la pertinencia o no de hablar de generación al referirse al grupo de intelectuales que se vieron sacudidos por los violentos acontecimientos de 1936. En “La generación de 1936” reflexiona sobre el fenómeno generacional desde dentro de sus filas, llegando a la conclusión de que lo que les aglutinaría a todos sería una determinada forma de concebir la vida y un particular talante frente a ella:

La generación de 1936 no puede ser considerada “de derechas” ni “de izquierdas”, según las clasificaciones tanto tiempo predominantes. Es una generación moderada, tolerante y comprensiva, enemiga de convencionalismos y banderías. De ella no podría decirse con justicia que haya contribuido a ensanchar la división existente entre los españoles. Creyentes o incrédulos propugnan, con raras excepciones, la concordia y la tolerancia. No serán ellos, creo, quienes enciendan hogueras donde quemar las obras del adversario, y menos al adversario (Gullón: 1969, 166).

Gullón se refiere, por un lado, a los años de la preguerra, cuando no había escisión ideológica entre sus miembros, y, por otro, a los de la posguerra, cuando los intelectuales de dicha generación que permanecieron en España intentaron estrechar las distancias con los escritores en el exilio. Otra cosa es que lo consiguieran o no, pero para Gullón no hay ninguna duda acerca del carácter aperturista de sus compañeros<sup>1</sup>.

Bajo este gran caparazón generacional se cobijaron autores que, partiendo del garcilasismo de 1936, recuperaron los temas cotidianos en su poesía durante la posguerra. La rehumanización, a la que se llegó tras un período inicial de neogarcilasismo, es el concepto clave para entender la poesía del 36. Los primeros libros evidenciaban cierto regusto por la poesía renacentista y por las formas neoclásicas, siguiendo un camino que, como dijimos, habían abierto los del 27. Pronto, sin embargo, se iniciaría una evolución dentro del lenguaje poético empleado. Así las cosas, la rehumanización del lenguaje poético a la que asistió la poesía española tras la contienda no fue únicamente consecuencia de ésta, sino acentuación de una tendencia que se había ido prefigurando durante los años de la preguerra en torno a las filas de la generación en ciernes.

En la década del setenta se emprendieron dos proyectos editoriales que pretendían antologar conjuntamente a los poetas del 36. La primera tentativa se tradujo en un volumen editado

por Plaza & Janés a cargo del poeta Luis Jiménez Martos, quien intenta ser demasiado abarcador al incluir nombres que, aunque cronológicamente pertenecen a la misma, por todo lo demás quedarían fuera del concepto de generación del 36 que intentamos perfilar aquí –es el caso de Gabriel Celaya, cuyo nombre quedará ligado para siempre a la poesía social–. Entre las características fundamentales que señala Jiménez Martos podemos destacar el sentimiento religioso, fundamental para entender la poesía de alguno de los poetas de este grupo: “El impulso de religiosidad estuvo al comienzo de la trayectoria de la *generación de 1936*. Y ese impulso la sigue acompañando” (Jiménez Martos: 1987, 39). La nómina de los incluidos en la antología es un tanto extensa, pero no falta en ella ninguno de los grandes nombres: Juan Alcaide Sánchez, Enrique Azcoaga, Germán Bleiberg, José Luis Cano, Gabriel Celaya, Carmen Conde, Guillermo Díaz-Plaja, Pedro García Cabrera, Ildefonso-Manuel Gil, Juan Gil-Albert, Fernando Gutiérrez, Miguel Hernández, Federico Muelas, José Antonio Muñoz Rojas, Juan Panero, Leopoldo Panero, Francisco Pino, Dionisio Ridruejo, Carlos Rodríguez-Spiteri, Félix Ros, Luis Rosales, Juan Ruiz Peña, Rafael Santos Torroella, Arturo Serrano-Plaja y Luis Felipe Vivanco.

Francisco Pérez Gutiérrez, en la segunda tentativa de antologar la generación, reduce el número de antologados a once, todos ellos también incluidos en el volumen editado por Jiménez Martos: Germán Bleiberg, Gabriel Celaya, Ildefonso-Manuel Gil, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, Juan Panero, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Arturo Serrano-Plaja y Luis Felipe Vivanco. Pérez Gutiérrez, valiéndose de unas declaraciones de Ildefonso-Manuel Gil, uno de los seleccionados, llega a las siguientes conclusiones:

Así, pues, de acuerdo con I. M. Gil, tendríamos que la generación del 36 estuvo constituida: 1) por españoles a los que la guerra marcó, de un modo o de otro, dolorosamente; 2) cuyo destino como escritores consistió en expresar aquella realidad (tarea sólo en parte realizada), y 3) para lo cual hubieron de reaccionar contra el esteticismo de la generación anterior. Se echa de ver enseguida que falta algo para que la definición resulte del todo satisfactoria: ese algo se halla en cierto modo implícito en la segunda nota. Efectivamente, si se les adscribe como destino literario la guerra, parece apuntarse al hecho de que eran jóvenes, de que su obra poética les aguardaba en un futuro que no por ser entonces más que improbable dejaba de constituir –paradójicamente– su único patrimonio (Pérez Gutiérrez: 1984, 9).

La generación se puede dividir en dos grupos según el bando por que optaron durante la guerra: el de *Hora de España* y el de *Escorial* –acaso sería mejor referirnos a él como grupo de *Jerarquía*, pues *Escorial* no se publicó hasta 1940–. Es, como ya hemos apuntado, una escisión irreparable entre los miembros de una promoción que había nacido a las letras en los años de la Segunda República. Aunque aquí nos referimos únicamente a los poetas, todo cuanto se ha venido afirmando podría aplicarse a autores como Laín Entralgo, Aranguren, Torrente Ballester o Antonio Tovar, por citar sólo algunos de los nombres que señalaba Gullón.

El más joven de los incluidos en la antología de Pérez Gutiérrez es el madrileño Germán Bleiberg, nacido en 1915; el mayor, Juan Gil-Albert, nacido en Alcoy en 1904<sup>2</sup>. La inclusión de Gil-Albert dentro de esta generación acaso pueda resultar un tanto sorprendente, pero, a pesar de su valoración tardía y de sus años de exilio, el escritor alcoyano publicó sus primeros libros al tiempo que el resto de compañeros de generación. Todos ellos procedían de una extracción social común, la burguesía media o alta, y habían cursado estudios universitarios: Filosofía y Letras, Derecho o incluso Arquitectura. Sólo hay una excepción sonada, Miguel Hernández, el poeta oriolano nacido en 1910, que no pasó por la Universidad y cuyo origen campesino disonaba dentro del conjunto.

A un lado las diferencias que puedan existir entre cada autor, todos ellos se abrieron paso en el mundo de las letras durante la década del treinta, colaborando en diversas publicaciones. Algunos, además, consiguieron publicar sus primeros libros de poemas tempranamente, como Ildefonso-Manuel Gil, con *Borradores* (1931) y *La voz cálida* (1934), o Arturo Serrano-Plaja, con *Sombra indecisa* (1932). De todas maneras, los años inaugurales fueron 1935 y 1936, cuando todos, salvo Leopoldo Panero, publicaron libros de poemas. Tras la guerra, hubo una verdadera escisión que se tradujo geográficamente, debido al exilio de muchos de ellos.

Dos de los modelos indiscutibles para los poetas del 36 fueron Antonio Machado y Miguel de Unamuno, cuya influencia se hizo patente sobre todo en los libros de madurez publicados durante la posguerra. Unamuno, además, actuó como inspirador filosófico, al igual que Ortega y Gasset. También los autores del 27 ejercieron una importante labor de tutela, de manera fundamental en el caso de Miguel Hernández. Más determinante, no obstante, fue la amistad que algunos miembros de la generación entablaron con dos poetas hispanoamericanos que pasaron por España durante la década del treinta: el chileno Pablo Neruda y el peruano César Vallejo.

Los años de formación de los jóvenes literatos del 36 coincidieron con los de la Segunda República, cuando todavía estaban en su plenitud creativa los dos grandes grupos literarios del primer tercio del siglo XX: los autores del 98 y, sobre todo, los poetas del 27. Estos últimos fueron, por tanto, sus maestros: colaboraban en las mismas revistas, asistían a las mismas tertulias y tenían lecturas comunes. La ciudad donde se reunieron fue Madrid, adonde llegaron desde las provincias exteriores: Miguel Hernández y Juan Gil-Albert eran de Alicante, los hermanos Panero, Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo provenían de León, Ridruejo era de Soria, Luis Rosales de Granada... Muchos de ellos fueron a Madrid para estudiar en la Universidad, concentrándose sobre todo en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras.

Durante aquellos años, los poetas pertenecientes a la órbita del 36 se iniciaron a las letras y entablaron relaciones entre sí. Salvo alguna excepción, no publicaron sus primeros libros hasta mediados de la década. Esa iniciación literaria se tradujo en diversas colaboraciones en revistas y periódicos, como muy bien ha señalado Raffucci de Lockwood, quien proporciona un breve inventario de las publicaciones donde se agruparon estos autores:

En *El Sol*, desde 1931, aparecen ensayos de Leopoldo Panero, Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo y José Antonio Maravall. En la *Revista de Occidente*, contribuyen [con] ensayos y poesía, Julián Marías, Miguel Hernández y Germán Bleiberg, Luis Rosales, Ricardo Gullón, José Antonio Muñoz Rojas. En *Cruz y Raya*, Miguel Hernández, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, José Antonio Muñoz Rojas, Julián Marías. En *Los Cuatro Vientos* (1933), Luis Felipe Vivanco. En *El Gallo Crisis* (1934-1935), Miguel Hernández, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales. En *Caballo Verde para la Poesía* (1935), Miguel Hernández, Arturo Serrano y Leopoldo Panero. En *El Tiempo Presente* (1935), Leopoldo Panero y Arturo Serrano Plaja. En *Isla* (Cádiz, 1935), Ricardo Gullón, Enrique Azcoaga, Miguel Hernández, Juan Panero, José Antonio Maravall, Antonio Sánchez Barbudo y Juan Gil-Albert.

Además de colaborar en revistas ya existentes, fundan las propias: José Antonio Maravall y Leopoldo Panero, con otros compañeros universitarios, fundan la *Nueva Revista* en 1929; Ricardo Gullón e Ildefonso-Manuel Gil fundan *Brújula*, en 1930, y *Literatura* en 1934. En *Literatura* colaboran un nutrido grupo de la generación: José Ferrater Mora, Antonio Sánchez Barbudo, Juan y Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Enrique Azcoaga, José Antonio Maravall, María Zambrano, además de sus redactores: Gil y Gullón. En 1933, habían fundado *Hoja Literaria* Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaja y Enrique Azcoaga (Raffucci de Lockwood: 1974, 11-12).

En un tiempo en que se nacía a la literatura en las revistas culturales o específicamente literarias y poéticas, su inclusión dentro de ellas puede dar cuenta de la existencia de un grupo en ciernes que iba accediendo a los resortes de la alta cultura de la década del treinta. Todos ellos colaboraron en publicaciones no exclusivamente madrileñas, sino también periféricas, como *El Gallo Crisis*, de Orihuela, o *Isla*, de Cádiz. Valiéndonos del panorama general de las revistas del período trazado por Rafael Osuna, podemos rastrear la presencia de algunos poetas de la generación. Así, Germán Bleiberg participó en *Cuadernos de Madrid* (1939) y José Luis Cano en *Sur* (1935-1936). Carmen Conde, una de las pocas mujeres del grupo –al que también pertenece Ángela Figuera Aymerich, nacida en 1903–, colaboraba en *Sudeste* (1930-1931), de Murcia. Ildefonso-Manuel Gil, además de dirigir *Brújula* (1932), *Boletín Último* (1932) y *Literatura* (1934) con Ricardo Gullón, escribió en *Tensor* (1935). Juan Gil-Albert fue uno de los responsables de *El Buque Rojo*, que salió en Valencia, de mano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, el 3 de diciembre de 1936, pero es mucho más conocido por sus escritos en *Hora de España* (1937-1938). Miguel Hernández, por ejemplo, publicó su *Perito en lunas* en la colección poética de la revista *Sudeste* y colaboró, entre otras publicaciones, en *El Gallo Crisis* (1934-1935) y *Caballo Verde para la Poesía*. Francisco Pino, a quien por edad también se ha incluido en ocasiones en la nómina de autores del 36, fue responsable, junto a José María Luelmo, de *Meseta* (1928), *DDOISS* (1931) y *A la Nueva Ventura* (1934), todas ellas de Valladolid. Félix Ros también participó en *El Gallo* oriolano. Arturo Serrano-Plaja lo hizo en *Hora de España*, *El Tiempo Presente*, (1935) –de la que fue director–, *Hoja Literaria*, *Caballo Verde para la Poesía* y, tras la guerra, en la revista *De Mar a Mar* (1942-1943), publicada en

Buenos Aires. Encontramos la firma de Leopoldo Panero en *Nueva Revista* (1929-1931), en el diario *El Sol* a partir de 1931, en *Literatura*, en *El Tiempo Presente* (1935), en *Cruz y Raya* y en *Caballo Verde para la Poesía*, entre otras publicaciones. Dionisio Ridruejo, poco prolífico entonces, colaboró también en *Nueva Revista*, al tiempo que Luis Rosales lo haría, entre otras, en *El Gallo Crisis* y *Cruz y Raya*. Luis Felipe Vivanco participó en *Extremos a que ha llegado la Poesía en España* (1931), *Cruz y Raya*, *El Gallo Crisis* y *Los Cuatro Vientos* (1933), donde también colaboraron el propio Rosales y José Antonio Muñoz Rojas. Por último, Juan Panero publicó en *Brújula* y en *Literatura*.

Desde diversos puntos de España, estos jóvenes llegaron a Madrid en torno a 1930, donde fueron estrechando sus lazos hasta que los miembros más destacados del grupo vieron publicados sus primeros libros de poemas en 1935 y 1936. Hay tres puntos fundamentales de contacto entre los diferentes miembros de la generación del 36 durante los años formativos, a saber: revistas, tertulias y maestros. El único asunto que faltaría por aclarar es el de las tertulias literarias, que, mantenidas por los propios miembros de la generación o por alguno de sus maestros, actuaron como la argamasa necesaria para dar compacidad al grupo. Así, por ejemplo, una de las más importantes fue la del Café Lyon, que se reemprendió tras la guerra. Hemos de tener en cuenta que la participación en unas determinadas revistas llevaba implícita la asistencia a algunas de las tertulias que mantenían los maestros.

Los poetas de la órbita del 36, que habían venido publicando, con mayor o menor asiduidad, sus composiciones poéticas en la prensa de la época, pronto vieron cómo empezaban a editarse sus primeros libros de poemas, fundamentalmente entre 1935 y 1936, aunque, en algunos casos, esa fecha se adelantara algunos años. Así, Miguel Hernández fue uno de los autores más precoces, al publicar su *Perito en lunas* en 1933, en la colección Sudeste, de Murcia –era una edición limitada de 300 ejemplares–. Predomina en *Perito en lunas* la construcción neogongorina –el libro consta de cuarentaidós octavas reales–, muy lejos de la rehumanización que se encuentra en su segundo poemario, *El rayo que no cesa –El silbo vulnerado*, de 1934, se publicó en revistas, nunca en forma de libro–.

La precocidad en la publicación de Miguel Hernández es tal vez la causa mayor de su ascenso generacional, como epígono del grupo del 27, con cuyos miembros estrechó sus lazos de amistad más que con los jóvenes del 36. A pesar de ello, y teniendo en cuenta que fue el único autor del 36 que no había pasado por la Universidad, en todo lo demás el poeta oriolano es perfectamente asimilable a sus compañeros de promoción. El 30 de noviembre de 1931 emprendió su primer viaje a Madrid, de donde regresó el 15 de mayo de 1932 sin haber conseguido un lugar dentro del mundo literario de la capital. Volvió en marzo de 1934, esta vez para quedarse, pues le dejaron paso franco en diversas publicaciones y desde la primavera de 1935 trabajó como amanuense de José María de Cossío. El primer viaje de Hernández coincide en el tiempo con la primera estancia en la capital española de poetas como Rosales o los hermanos Panero.

Lo que en 1933 habían sido ejemplos aislados, en 1934 fue ya un fenómeno de grupo, sin llegar todavía a la eclosión de los dos años inmediatamente posteriores. En 1934 se puede destacar la publicación de *La voz cálida*, de Ildelfonso-Manuel Gil; *Júbilos*, de Carmen Conde; *Sombra indecisa*, de Arturo Serrano-Plaja; y *Primavera portátil*, de Adriano del Valle. Todos ellos habían nacido durante los primeros años del siglo y habían empezado su carrera literaria en el Madrid de la Segunda República. Lo publicado en 1934 no fue más que un tímido anuncio de lo que vendría en 1935 y 1936. Del primer año son *Marea de silencio*, de Gabriel Celaya; *Abril*, de Luis Rosales; *Plural*, de Dionisio Ridruejo; y *El cantar de la noche*, de Germán Bleiberg<sup>3</sup>. De 1936 son *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández; *Sonetos amorosos*, de Germán Bleiberg; *Misteriosa presencia* y *Candente horror*, de Juan Gil-Albert; *Destierro infinito*, de Arturo Serrano-Plaja; *Cantos del ofrecimiento*, de Juan Panero; y *Cantos de primavera*, de Luis Felipe Vivanco.

Junto con *Abril*, el libro inaugural más importante de la generación del 36 es *El rayo que no cesa*. No es la *opera prima* de Miguel Hernández, pero sí el primer libro donde aparece claramente definida su voz. Hernández pertenece a aquellos poetas del 36 que vivieron directísimamente las consecuencias de la Guerra Civil –en su caso, un auténtico peregrinaje por las cárceles peninsulares, hasta su muerte de tuberculosis en la prisión de Alicante en 1942–. Curiosamente, todos los autores del 36 tuvieron una evolución estética paralela, tanto aquellos que se quedaron en España tras la contienda como los que continuaron su labor literaria en el exilio.

*El rayo que no cesa*, al igual que los primeros libros de Juan Panero y Luis Felipe Vivanco, apareció en la colección *Héroe*, que dirigía el poeta e impresor Manuel Altolaguirre. La importancia de esta colección ha sido subrayada por Ricardo Gullón:

Estaba en Inglaterra cuando los amigos de Madrid persuadieron a Manuel Altolaguirre de que debía publicar en la colección Héroe una serie de seis libritos, incluibles en la misma caja, con textos de Rosales, Vivanco, Bleiberg, los dos Panero, y un poeta clásico, tal vez Soto de Rojas. Así me lo escribió Juan, al aparecer sus *Cantos del Ofrecimiento*, en mayo de 1936. Además de este tomito, salieron los de Luis Felipe y Bleiberg en una tentativa conjunta del grupo. La guerra civil impidió que el proyecto total se realizara (Gullón: 1985, 83-84).

*El rayo que no cesa* se publicó en enero de 1936, lo que indica que se gestó, como pronto, durante el año anterior. Es una colección de sonetos amorosos entre los cuales se intercalan tres poemas largos. El libro consta de un total de treinta composiciones, de las que veintisiete son sonetos. Fuera del esquema métrico del soneto quedan “Un carnívoro cuchillo”, escrito en cuartetas; “Me llamo barro aunque Miguel me llame”, donde el autor emplea diversas combinaciones de versos endecasílabos; y la famosa “Elegía” a Ramón Sijé, compuesta en tercetos encadenados e incorporada como añadido a *El rayo que no cesa* tras la repentina muerte del director de *El Gallo Crisis*. Esta última composición, por tanto, no pertenecía a ese ciclo de poemas amorosos que encontramos en el resto del volumen. La crítica ha señalado en diversas oca-



siones la importancia de este libro a la hora de trazar la evolución poética de Miguel Hernández. Así, según Guillermo Carnero, *El rayo que no cesa* inauguraba una segunda etapa dentro de la obra del poeta oriolano, caracterizada por la “humanización” de su poesía:

Se puede definir un segundo período creativo en Miguel Hernández, en torno a *El rayo que no cesa* (1936). De acuerdo con el signo de los tiempos, y potenciando los inicios que vimos en el apartado anterior, el autor abraza de lleno los dogmas de la “humanización” e “impureza” literarias. Ahora vamos a encontrar al Miguel Hernández más personal y auténtico. Para él, la “impureza” nerudiana no se queda en postulado o fraseología; se vuelve vivencia y hermanamiento con el Cosmos y los animales, y ningún poema lo expresa de manera más gráfica que el tantas veces citado “Me llamo barro...”. La sangre se vuelve un símbolo abarcador de la fuerza irresistible de los instintos naturales (Carnero: 1992, p. 51).

Dentro de ese proceso de rehumanización al que asiste la poesía de Miguel Hernández —y la del resto de poetas del 36, antes o después—, el amor es uno de los temas privilegiados, especialmente en algunos de los sonetos que integran la muestra. La poesía de Miguel Hernández alcanza en los sonetos de *El rayo que no cesa* una de sus cimas más altas. Aunque no menudearon las relaciones directas entre Miguel Hernández y los poetas del grupo *Escorial*, sí se conservan sendas cartas del poeta oriolano dirigidas a Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco a propósito de unas colaboraciones en *El Gallo Crisis*.

Se acepte o no la existencia de la generación del 36, en los años 1935 y 1936 hay una verdadera eclosión poética cuyos protagonistas fueron los jóvenes intelectuales que se habían instalado en Madrid a principios de la década<sup>4</sup>. El profesor Inman Fox ha señalado las características comunes de esos libros inaugurales:

In conclusion, then, we can detect a general framework which might be used to characterize the poetry of the group of 1936. With them the return to “humanized” poetry in Spain becomes solidified. They are all love poets, but the paradoxical and antithetical conditions of the amorous experience only force a confrontation with the meaning of existence. The omnipresence of death, which they see as the ultimate meaning of life, runs throughout their poetry. It is the temporal condition of man, the fear of being lost and forgotten —“náufragos”, all of them, as they reiterate time and time again— that most characterizes their lyric expression. Be this as it may, each individual poet discussed, as we have seen, escapes the bounds of his “poetic” generation to create an original expression of an intensely lyrical attitude (Fox: 1973, 66-67).

Como ya apuntamos, se ha hablado de la del 36 en términos de generación destruida o escindida, algo que se puede comprobar durante los años de la guerra, pero, sobre todo, después de ella. Muchos de sus miembros abandonaron España y continuaron su labor en tierras americanas; otros, como Germán Bleiberg o Miguel Hernández, pasaron por las cárceles del franquismo. Aunque como grupo cohesionado sólo permanecieran aquellos poetas que durante la contienda apoyaron al bando de los sublevados, en todos ellos —vencedores o vencidos— se pro-

dujo una introspección, y su poesía se recluyó en lo cotidiano. Así lo señala Alicia M. Raffucci de Lockwood en un artículo sobre la poesía de Luis Rosales: “La nueva dirección humana que refleja la poesía de Rosales corresponde a la sufrida por la poesía de Miguel Hernández y Arturo Serrano Plaja. Él mismo ha dicho recientemente que esta evolución hacia lo humano es característica común a todos sus congéneres” (Raffucci de Lockwood: 1971, 490).

Uno de los casos más llamativos fue el de Miguel Hernández, quien, al final de su vida, trabajó en su famoso *Cancionero y romancero de ausencias*, un auténtico modelo de la introspección que hemos señalado arriba. Para Díaz-Plaja, si hay algo que realmente caracteriza a esta generación es la Guerra Civil, que, por un lado, la fijó históricamente, y, por otro, la destruyó vitalmente:

A mi juicio, nuestra generación fue una promoción sacrificada. Demasiado joven en 1936, nos sentimos, de pronto, demasiado viejos en 1939. Vimos caer derribados muchos de nuestros ídolos y nos agarramos desesperadamente al salvavidas de la supervivencia, con un intento primario y vegetativo de subsistir. Por otra parte, nuestros maestros –los de la decantada y esteticista generación de 1927– no sólo no se mantuvieron en su altiva aristocracia estética, sino que se nos derribaron en los desafueros del existencialismo, cuando no del “pop-art”. Nos quedamos, pues, desfasados, sin brújula y sin maestros, navegando como Dios nos dio a entender (Díaz-Plaja: 1966, 179).

En alguna ocasión he hablado del avance de *Abril* que Luis Rosales publicó en *El Gallo Crisis*. Sirva esta anécdota para constatar la existencia de un auténtico hervidero intelectual entre la joven intelectualidad del 36. De este modo, la revista oriolana se convertía en vocero de la generación y tenía algo que ver con los dos libros inaugurales de la misma: *Abril* y *El rayo que no cesa*. En este sentido, creo que, ahora que la obra de Miguel Hernández ya ha encontrado su lugar en la historia literaria, su estudio supone un rotundo mentís a quienes le niegan el pan y la sal a una promoción truncada desde sus inicios, inexistente por destruida, invisible por olvidada, pero fundamental para garantizar la continuidad de las letras españolas en una España recién salida del naufragio que supuso la Guerra Civil.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY BAY, Carmen (ed.), *Miguel Hernández*, Alicante, Fundación Cultural CAM, 1992.  
 CABALLERO BONALD, José M., “Apostillas a la generación del 36”, *Ínsula*, nº224-225, 1965.  
 CARNERO, Guillermo, “Miguel Hernández y el cambio estético en la España de los años treinta”, en Carmen ALEMANY (ed.), *Miguel Hernández*, cit., pp. 145-158.  
 DÍAZ-PLAJA, Guillermo, *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*, Barcelona, Delos-Aymá, 1966.

- DURÁN, Manuel, "Miguel Hernández: Poet of Clay and of Light", en Jaime FERRÁN y Daniel P. TESTA (eds.), *Spanish Writers of 1936. Crisis and Commitment in the Poetry of the Thirties and Forties. An Anthology of Literary Studies and Essays*, London, Tamesis Books, 1973, pp. 69-81.
- FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- FOX, E. Inman, "The Poetry of the Generation of 1936", en Jaime FERRÁN y Daniel TESTA (eds.), *Spanish Writers of 1936. Crisis and Commitment in the Poetry of the Thirties and Forties. An Anthology of Literary Studies and Essays*, cit., 1973, pp. 49-67.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, *La poesía española de 1935 a 1975 I. De la preguerra a los años oscuros 1935-1944*, Madrid, Cátedra, 1987.
- GULLÓN, Ricardo, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.
- , *La juventud de Leopoldo Panero*, León, Diputación Provincial de León, 1985.
- JIMÉNEZ MARTOS, Luis, (1972), *La generación poética del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.
- JUAN PENALVA, Joaquín, "Tres poetas del 36 en *El Gallo Crisis*: Félix Ros, Luis Felipe Vivanco y Luis Rosales", *Alquibla. Revista de Investigación del Bajo Segura*, nº8, 2002, pp. 553-572.
- MAINER, José Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983, 3ª edición.
- OSUNA, Rafael, *Las revistas españolas entre dos dictaduras (1931-1939)*, Valencia, Pre-Textos, 1986.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco, (1976), *La generación de 1936: antología poética*, Madrid, Taurus, 1984.
- RAFFUCCI DE LOCKWOOD, Alicia M., *Cuatro poetas de la "Generación del 36" (Miguel Hernández, Serrano Plaja, Rosales y Panero)*, San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1974.
- , "Luis Rosales", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº257-258 (mayo-junio 1971), p. 490.
- RUIZ SORIANO, Francisco, *Poesía de postguerra. Vertientes poéticas de la primera promoción*, Barcelona, Montesinos, 1997.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, "Introducción" a Miguel HERNÁNDEZ, (1992), *Obra completa I. Poesía*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, 2ª edición, pp. 27-111.
- TORRENTE BALLESTER, Gonzalo, *Panorama de la literatura española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1956.
- VIVANCO, Luis Felipe, "Miguel Hernández bañando su palabra en corazón", en *Introducción a la poesía española contemporánea*, vol. 2, Madrid, Guadarrama, 1971, 2ª edición, pp. 151-213.

## NOTAS

<sup>1</sup> Muy interesante es la nómina de la generación del 36 proporcionada por este autor, sobre todo si tenemos en cuenta que se trata de una información de primera mano sobre los protagonistas. Los criterios generacionales que sigue no son rígidos, al tener en cuenta demasiadas variables a la hora configurar lo que fue el verdadero ambiente cultural en la preguerra. Sin embargo, esta nómina puede servirnos para perfilar a la joven intelectualidad de la época, que, no lo olvidemos, en los años de la preguerra convivía con quienes eran los grandes maestros de la literatura española —autores del 98, del 14 y del 27—: "Llegado a este punto considero conveniente señalar los nombres de quienes, a mi juicio, figuran en la generación de 1936. No entro en materia sin antes haber reflexionado sobre el criterio más adecuado para redactar la nómina de

quienes la constituyen, advirtiendo desde luego que queda abierta a eventuales rectificaciones; después de algunas vacilaciones he optado por aceptar una norma algo ambigua, pero bastante clara, que tiene en cuenta simultáneamente la edad, la dedicación a la literatura en la fecha (1936) señalada como definitiva de la generación, la convivencia, la publicación en las mismas revistas, colecciones literarias, diarios y otras publicaciones, y la participación en las experiencias de la época desde los mismos círculos de acción. / Los poetas de la generación, según esta norma, serían: Miguel Hernández, Luis Rosales, Leopoldo y Juan Panero, Luis Felipe Vivanco, Ildefonso-Manuel Gil, Germán Bleiberg, José Antonio Muñoz Rojas, José María Luelmo, Pedro Pérez Clotet, Rafael Duyos, Gabriel Celaya, Arturo Serrano Plaja y Juan Gil Albert. En el grupo de prosistas figurarían: Enrique Azcoaga, José Antonio Maravall, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Faraldo, Eusebio García Luengo, María Zambrano, Antonio Rodríguez Moñino, José Ferrater Mora y yo mismo. / A este núcleo central de la generación es preciso añadir los nombres de quienes se incorporan a ella durante la guerra civil, o inmediatamente después de acabar ésta, y que desde antes puede decirse que figuraban idealmente junto a los ya dichos: Dionisio Ridruejo, José Luis Cano, Ramón de Garciasol, Pedro Laín Entralgo, Juan López Morillas, José Luis Aranguren, Francisco Yndurain, Julián Marías, Segundo Serrano Poncela, Juan Antonio Gaya Nuño, José Suárez Carreño, Jorge Campos, Ernesto G. da Cal y José Manuel Blecuá. Hay escritores de incorporación más tardía, pero a quienes no sería abusivo incluir entre los recién citados: ejemplos, Concha Zardoya, Juan Ruiz Peña, Luis Monguío, Carlos Clavería y Antonio Rodríguez Huéscar” (Gullón: 1969, 166-167).

<sup>2</sup> Hay ciertas dudas sobre la fecha de nacimiento de Gil-Albert, que se quitaba años y se decía nacido en 1906. He aquí los nombres, las fechas y lugares de nacimiento de algunos de los poetas del 36: Carmen Conde (Cartagena, 1907); Luis Felipe Vivanco (San Lorenzo del Escorial, 1907); Juan Panero (Astorga, 1908); José Antonio Muñoz Rojas (Antequera, 1909); Arturo Serrano-Plaja (San Lorenzo del Escorial, 1909); Leopoldo Panero (Astorga, 1909); Luis Rosales (Granada, 1910); Miguel Hernández (Orihuela, 1910); Gabriel Celaya (Hernani, 1911); Ildefonso-Manuel Gil (Paniza, Zaragoza, 1912); Dionisio Ridruejo (Burgo de Osma, Soria, 1912).

<sup>3</sup> El libro de Bleiberg apareció en la colección “La Tentativa Poética”, que dirigían Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, quienes, tanto en su faceta de poetas como de impresores, jugaron un papel fundamental dentro de la historia de la generación del 36. En otra de las colecciones de Manuel Altolaguirre, *Héroe*, se publicaron *El rayo que no cesa*, *Sonetos amorosos*, *Cantos del ofrecimiento* y *Cantos de primavera*.

<sup>4</sup> En este sentido, podemos traer a colación las siguientes afirmaciones de José Manuel Caballero Bonald, para quien los libros de poemas de aquellos años venían a sustituir el modelo literario reinante: “Hay que plantearse, aunque sea en términos apresurados, un problema previo. Poco antes de la guerra civil, la mayoría de estos poetas había publicado su primer libro. No será vano recordar sus títulos: *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández; *Cantos de primavera*, de Vivanco; *Abril*, de Luis Rosales; *Destierro infinito*, de Serrano Plaja; *Plural*, de Ridruejo; *Sonetos amorosos*, de Bleiberg; *Versos del retorno*, de Muñoz Rojas; *La voz cálida*, de Ildefonso-Manuel Gil; *Júbilos*, de Carmen Conde, etc. Referidos a ciertas zonas clasicistas de la generación anterior, estos libros nos muestran casi unánimemente una simple pero significativa sustitución en el modelo: el barroco Góngora ha sido destronado por el renacentista Garcilaso. La serenidad de las formas reemplaza a la orgía conceptual. Como por decreto, esta postura tiende a fomentarse años después a escala nacionalista, y no sólo desde un punto de vista estético, sino desde un conmovedor ángulo ideal. El pasado —la poesía a remolque de la condicionada historia— se torna argumento de invariable y nostálgica rememoración. Y el fervoroso y tan artísticamente válido rescate garcilasista se interfiere con los preciosismos de filiación tradicional y los tardíos y anacrónicos frutos de la fantasía. La recreación clasicista, superpuesta a otros fraccionados avances, no ha quedado, pues, interrumpida con el revulsivo de la guerra, pero se ha simultaneado con el intrépido y antagónico propósito de darle a la palabra su más testificadora coherencia temporal” (Caballero Bonald: 1965, 5).